

---

FERRAN IZQUIERDO BRICHS (ed.)

PODER Y REGÍMENES  
EN EL MUNDO  
ÁRABE CONTEMPORÁNEO

---

© 2009 para cada uno de los trabajos:  
Ignacio Álvarez-Ossorio, Haizam Amirah Fernández, Bárbara Azaola,  
Géraldine Barré, Rafael Bustos, Laura Feliu, Amaia Goenaga,  
Ignacio Gutiérrez de Terán, Fred Halliday, Miguel Hernando de Larramendi,  
George E. Irani, Ferran Izquierdo Brichs, Salam Kawakibi, Athina Kemou,  
Jean-François Legrain, Alberto López Bargados, Bernabé López García,  
Aurèlia Mañé, Iván Martín, Salvador Martínez Más, Gema Martín Muñoz,  
Luigi Masciulli, Raquel Ojeda García, M<sup>a</sup> Angustias Parejo, Elvira Sánchez,  
Eduard Soler i Lecha, Javier Travín, Luciano Zaccara

© 2009 de las traducciones del francés e inglés:  
Laia Carbonell y Amaia Bengoetxea

© 2009 Fundació CIDOB  
Elisabets, 12, 08001 Barcelona  
<http://www.cidob.org>  
e-mail: [subscripcions@cidob.org](mailto:subscripcions@cidob.org)

Distribuido por Edicions Bellaterra, S.L.  
Navas de Tolosa, 289 bis, 08026 Barcelona  
[www.ed-bellaterra.com](http://www.ed-bellaterra.com)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de la *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España  
Printed in Spain

ISBN: 978-84-92511-11-2  
Depósito Legal: B. 35.241-2009

Impreso por Book Print Digital. L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

---

# 1. La Sociología del poder en el mundo árabe contemporáneo<sup>1</sup>

*Ferran Izquierdo Brichs y Athina Kemou*

El final de la guerra fría y la crisis del Golfo de 1990-1991 abrieron una dinámica que parecía apuntar hacia la democratización del mundo árabe. En los años noventa un grupo de autores subrayaron efectivamente la existencia de algunos tímidos procesos de liberalización en estos países, llegando incluso a hablar de una «mini-ola» democratizadora (Norton, 1993). Dichas dinámicas serían resultado de una serie de factores confluyentes, entre los que cabría destacar: una mayor presencia y efectividad de las organizaciones socioeconómicas, una sociedad civil en clara expansión — ambas vinculadas a la escolarización masiva y la aparición de nuevas clases medias —, y una acción exterior impulsada por algunos estados occidentales y por organizaciones internacionales, tanto gubernamentales como no gubernamentales. Así, a principios de los años noventa algunos analistas acudieron a la literatura sobre transiciones hacia sistemas democráticos liberales para aplicarla al mundo árabe. Sin embargo, con el fracaso de la democratización, pronto se vio que las dinámicas de las transiciones en Europa del Sur o del Este, o en Latinoamérica, eran bien distintas de las que se desarrollarían en Oriente Medio y el Norte de África. Los planteamientos teóricos de Dankwart A. Rustow (1970), y posteriormente O'Donnell, Schmitter y Wittehead (1986), e incluso Przeworski (1991) y Huntington (1991), se revelaron poco útiles para el análisis de unos procesos que no iban en la misma dirección que los estudiados por ellos.

Como apuntábamos, las transiciones se quedaron en tímidas reformas, y en la actualidad, si bien pueden identificarse ciertos rasgos liberalizadores en algunos de los países, las bases de las estructuras de poder se mantienen inalteradas. Lo que en un inicio parecía una nueva oleada

de transiciones democráticas, revirtió en unas autocracias parciales, cuyos líderes, para mantenerse en el poder, deben permitir —implícita o explícitamente— el acceso de algunos grupos de oposición a ciertas formas de poder social, político o ideológico, aunque siempre manteniendo la capacidad de utilizar la fuerza cuando el régimen se vea amenazado (Brumberg, 2002). El analista norteamericano Daniel Brumberg, al hacer un repaso de los sistemas políticos actuales en el mundo árabe, los divide en dictaduras o autocracias plenas, y autocracias liberalizadas. En las últimas, si bien una minoría concreta controla mediante la fuerza los recursos económicos del país, se ha producido una «inclusión parcial» de sectores más amplios de la población. Entre las primeras cita a Siria, Túnez, Libia o Arabia Saudí, y entre las autocracias liberalizadas a Kuwait, Marruecos, Jordania, Yemen, Argelia o Egipto (Brumberg, 2003).

Las transiciones hacia sistemas democráticos solo comienzan y se desarrollan con éxito si existe una presión de la población que las impulse, pues como es obvio las élites nunca cederán parte de sus poderes o privilegios en aras de la democracia. En el mundo árabe, se iniciaron protestas populares en los años ochenta y noventa, cuando los regímenes rentistas —ya fuera por la disminución de los precios del petróleo o por agotarse su capacidad de endeudamiento— se debilitaron y perdieron legitimidad. La disminución de las ayudas, los servicios sociales, los salarios y los demás mecanismos que permitían distribuir la renta exterior, provocaron un fuerte aumento de la movilización popular, dando lugar a las llamadas «revueltas del pan». Los grupos de oposición ganaron fuerza encabezando las protestas, y amenazaron la estabilidad de las élites en el poder. Pero los regímenes respondieron de forma eficaz, tanto mediante la represión como mediante el intento de cooptación de algunos sectores de la oposición, al mismo tiempo que se valieron de medidas de liberalización política controlada para intentar disminuir la presión popular.

Así encontramos que en el mundo árabe actual no se han desarrollado sistemas verdaderamente democráticos y la transición hacia una democracia sigue encontrando grandes obstáculos, incluso en aquellos países en los que las medidas de liberalización alcanzaran a instaurar elecciones multipartidistas. En estos países, buena parte de los recursos de poder están centralizados en el Estado, por lo que ganando unas elecciones se podría llegar a controlar también buena parte del capital, de la información y de la difusión de la ideología. El avance de un proceso de-

mocrático en un Estado rentista implica la expulsión de muchas de las élites y su sustitución por otras. Además, los regímenes se han visto amenazados por el creciente respaldo popular a los grupos políticos islamistas, que han demostrado en numerosas ocasiones que pueden ganar en el caso de producirse elecciones democráticas libres, como fue el caso en Argelia o más recientemente en los Territorios Ocupados palestinos, o los «avisos» en Jordania, en Egipto, en Marruecos, etc. Es por todo ello que los regímenes han utilizado todos los recursos a su alcance para impedir una democratización real del sistema, contando, en el caso de los países aliados, con el apoyo de los gobiernos occidentales quienes también querían evitar un cambio de élites en el poder.

Así, el fracaso de las transiciones y de la «transitología» (Camau, 1999) en esta región puso de manifiesto que no era suficiente centrar el análisis en aparentes procesos de democratización, sino que debía este extenderse a los problemas de gobernabilidad y cambio político, que no se limitaban únicamente a la continuidad de los regímenes. Si bien algunos autores se preguntaron si podían aplicarse conceptos de corte occidental a sociedades con tradiciones tan diferentes (Camau, 1971), Leca (1994), tampoco resulta útil centrarse en la «excepcionalidad» de los países árabes y crear modelos específicos para la región ya que, desde nuestro punto de vista, las dificultades a la hora de analizar estas transiciones residen más en las limitaciones de los enfoques teóricos que en la anormalidad de estas sociedades.

En este sentido, y siguiendo el camino ya iniciado por las obras de Salamé (1994), Norton (1995), Khader (1997), Brynen, Korany y Noble (1995), Perthes (2004), así como los informes sobre Desarrollo Humano en el Mundo Árabe del PNUD (2005), el proyecto de investigación llevado a cabo en el marco de la Fundación CIDOB intenta ofrecer un análisis de las relaciones de poder en el mundo árabe que nos permita comprender y contrastar las dinámicas de los regímenes políticos en esta región.

## La Sociología del poder

La propuesta teórica que se presenta a continuación pretende ser una herramienta útil para sistematizar el análisis de las estructuras de poder que

rigen cualquier sociedad. Así, considerando las sociedades y los sistemas políticos árabes como un caso «normal», la Sociología del poder<sup>2</sup> busca desarrollar un marco teórico universal que permita comparar las dinámicas de las relaciones de poder en esta región a las del resto del mundo.

A lo largo de la historia, la mayoría de las sociedades ha generado modelos de organización jerarquizados en sus relaciones políticas, sociales y económicas. Una sociedad jerarquizada es un sistema social compuesto por unos actores que establecen relaciones entre sí, de acuerdo a su capacidad para disponer de determinados recursos. De este modo, para analizar la estructura del poder de una sociedad es necesario identificar la tipología de los actores y su relevancia, las dinámicas que rigen las relaciones entre estos, los recursos de poder de que disponen, así como su respectivo peso en la sociedad.

Respecto a los actores, la creación de jerarquías conlleva inevitablemente la división de los miembros de la sociedad entre gobernantes y gobernados o, como se define en nuestro marco teórico, entre élites y población. La segunda se encuentra en la base de la pirámide social y generalmente está sometida a las decisiones de las élites, excepto en momentos puntuales en los que se convierte en actor. La división entre élites y población se fundamenta en los distintos objetivos e intereses que guían a cada uno de los grupos. Por una parte, el interés de las élites debe definirse en términos de poder. Su objetivo prioritario será siempre mejorar su posición en la jerarquía compitiendo con las demás élites.<sup>3</sup> La relación que se establece entre las élites es de competición circular, sin fin, pues sus aspiraciones son siempre relativas, al medirse constantemente con la posición del resto de actores. El interés de las élites es entonces lo que definimos como «acumulación diferencial de poder», es decir acumular más poder que sus competidoras. Esta competición por la acumulación de poder se produce en todos los ámbitos de la sociedad. Además, la formación de élites implica inevitablemente competencia por el control de recursos de poder, ya sean estos políticos, económicos, informativos, coactivos, ideológicos, o de cualquier otro tipo.<sup>4</sup> Respondiendo a este análisis, nuestra concepción del poder está ligada al propio proceso competitivo, y entendemos que el poder acumulado es un poder efectivo en la medida en que es útil para acumular más poder.

Por otra parte, definimos como «relaciones de poder lineales» las relaciones que establece la población cuando es capaz de identificar de forma consciente sus necesidades y se moviliza para alcanzarlas. En es-

tos casos, los objetivos del actor «población» no son relativos y, por lo tanto, cuando se consiguen la relación de poder se extingue. El carácter lineal de dichas relaciones deriva del hecho que se puede marcar un principio —el momento en el cual el proceso de toma de conciencia evoluciona en acción colectiva—, y un fin —cuando la movilización tiene éxito y se consiguen las reivindicaciones o cuando es derrotada y se abandona la acción—.

Por consiguiente, el análisis de los sistemas sociales nos obliga a identificar cuándo una relación de poder es lineal o circular. Dicho de otra forma, es necesario identificar cuándo los actores tienen objetivos e intereses concretos en términos de mejora de su condición de vida, y cuándo los actores tienen como objetivo prioritario la acumulación diferencial. De este modo descubrimos cómo en el análisis de las sociedades, si bien son las relaciones lineales las que dibujan el progreso y las transformaciones, son las relaciones circulares las que predominan, dirigidas por unas élites que se aferran a su posición de poder, contribuyendo así a largos períodos de continuidad y estancamiento en la historia.

Otro elemento fundamental de la Sociología del poder son los recursos de los que disponen los actores y su relevancia en el seno de la sociedad. Los recursos que utilizan las élites para competir por la acumulación diferencial de poder, o la población para luchar por sus objetivos, varían en función del sistema que se analice y de su estructura. Los recursos principales en la mayoría de los sistemas contemporáneos son el Estado, el capital, la ideología, la información, la coacción y la misma población. Sin embargo, eso no implica que no existan otros recursos como pueden ser los partidos o las corporaciones, que en algunos sistemas llegan a tener un papel central. El peso de cada recurso, relacionado con la coyuntura y los procesos de acumulación de cada momento, determina su posición primaria o secundaria.

Los diferentes elementos que acabamos de introducir configuran la estructura de poder de una sociedad, pertenezca esta al mundo árabe o a cualquier otro entorno. Por esta razón, ahondar en la configuración de las estructuras de poder es básico para entender las dinámicas de cambio y continuidad de los sistemas políticos. Y en el caso específico del mundo árabe, la aplicación de Sociología del poder permitirá comprender y explicar el fracaso de las transiciones políticas en esos países.

*Relaciones de poder circulares*

Como hemos visto, el principio fundamental de la sociología de poder reside en la función acumulativa de las élites, y en que la posición de un actor en una jerarquía determinada dependerá siempre de su capacidad para competir con el resto de los miembros de la jerarquía, o con aquellos otros que están aspirando a entrar en ella. Así, identificamos las relaciones de las élites entre sí como de permanente competencia mutua, o relaciones de poder y por el poder. Y como acabamos de señalar, sus objetivos serán siempre relativos, sujetos a la capacidad de acumulación de sus rivales

De ese modo, la supervivencia como élite de cada actor depende de su capacidad de acumulación diferencial de poder: la acumulación de más poder que el resto de los actores. El poder concreto de cada actor es medido siempre en comparación con las demás élites, por lo que las relaciones que se establecen construyen un sistema en el cual la competición no se detiene nunca. Al mismo tiempo, la lógica de la competición se hace más feroz cuanto mayor es el poder que controlan las élites. Esta dinámica competitiva es propia de los sistemas jerárquicos, por lo que cualquier individuo que se encuentre en esta posición elitista, deberá competir o perderá su poder. La posición de cada una de las personas que forman parte de la élite dependerá de sus recursos, sus capacidades y sus alianzas en la competición con los demás. Esta dinámica de competición constante, y de alianzas dentro ella, se extiende a todos los recursos de poder y a todas las épocas y latitudes que han conocido organizaciones jerárquicas. Además observamos cómo, a lo largo de la historia, las relaciones de poder circulares son factores causantes del conservadurismo, al ser el mantenimiento y acumulación de los recursos de poder de los actores la dinámica dominante.

Por otra parte, en el análisis de la estructura de poder de una sociedad es importante tener en cuenta la multidimensionalidad del poder, la multiplicidad de actores y también que se trata de una competición en la que todos los actores/élites están implicados y se influyen mutuamente. Al ser los recursos de poder multidimensionales y al estar sometidos al control de múltiples actores en competencia, cada uno de estos actores también está sometido a la influencia de los demás. Asimismo, son frecuentes los casos en que los mismos actores pueden coincidir total o parcialmente en el control de unos y otros recursos.



A todo ello debemos añadir que, como el poder no es una abstracción, los actores implicados en una relación de poder no pueden ser entes abstractos como la nación o el Estado, sino individuos o grupos sociales, entendidos como una alianza entre individuos, y el análisis debe centrarse en ellos. Cuando nos referimos al Estado, la corporación, la iglesia, el partido y otras instituciones, debemos tener en cuenta que en realidad nos referimos a las élites que controlan estas instituciones. Y cuando hablamos de la población como actor, a lo que aludimos es a una alianza de individuos con objetivos comunes.

### *Relaciones de poder lineales*

En toda sociedad, en algunos momentos de su historia, junto a las relaciones circulares, coexisten las relaciones de poder que establece la población cuando actúa para mejorar sus condiciones de vida. En las sociedades jerarquizadas no es fácil que los individuos tomen conciencia de sus intereses en términos de mejora de su calidad de vida. Y cuando lo hacen se encuentran con la dificultad de movilizarse para luchar por este objetivo, pues en la mayoría de las ocasiones ello implica enfrentarse a las élites que se resisten a la transformación del statu quo que les es favorable en su proceso de acumulación. Pero cuando la población consigue movilizarse, genera una relación de poder muy distinta de la competición de las élites entre sí. En estos casos, los objetivos de las personas son concretos y, por tanto, cuando se consiguen la relación de poder termina. Por esta razón hablamos de relaciones lineales, que tienen un principio en el proceso de toma de conciencia y un final si la movilización tiene éxito y se consiguen las reivindicaciones.

La población como grupo social acostumbra también a ser un recurso para las élites. La vida cotidiana de una persona suele estar basada en la cesión —consciente, inconsciente o forzada— de la capacidad de decidir. La democracia representativa, las relaciones de producción, el propio Estado, las ideologías, el control de la información, la coacción... son instrumentos en manos de las élites para extraer y acumular el poder de la población.

Sin embargo, cuando una mayoría de la población establece relaciones de poder lineales para alcanzar objetivos propios se convierte en un actor transformador con capacidad para provocar cambios en la so-

ciudad. Estos cambios, definidos por los objetivos que busque la población, pueden ser menores y coyunturales, como por ejemplo un convenio colectivo en una empresa o la lucha por la mejora de un barrio, o grandes y estructurales como la exigencia de derechos y libertades en contra de una potencia colonial o una dictadura.

Los procesos de cambio social solo se producen cuando el pueblo lucha por intereses propios, convirtiéndose en actor político y dejando de ser un recurso en manos de las élites. Sin embargo, esto no significa que no se puedan establecer alianzas entre la población y algunas élites, cuando los intereses de ambas son coincidentes, como veremos más adelante.

## Los actores

El análisis de los actores desde la Sociología del poder se centra en aquellos individuos que tienen capacidad de tomar decisiones sobre el uso de los recursos de poder y de intervenir en las relaciones de poder. Nuestra definición parte de las siguientes premisas: se aplica solo a seres humanos que son conscientes de sus intereses, y cuya actividad se caracteriza por la intencionalidad y modifica las relaciones de poder existentes.

Podemos diferenciar entre dos categorías principales de actores: las élites y la población. Como veíamos, esta división responde a los intereses y al tipo de relaciones de poder que establece cada grupo; por una parte, el interés de las élites es la acumulación diferencial de poder y las relaciones que establecen en este proceso circulares; por otra parte, el interés del pueblo es la mejora de sus condiciones de vida, y sus relaciones, lineales.

### *Las élites*

Las aproximaciones teóricas al concepto de élite se han realizado desde diferentes puntos de vista. En nuestro estudio nos alejamos de las nociones de clase o privilegio<sup>5</sup> para centrarnos en la idea de la competición por la acumulación diferencial de poder, y nos referimos siempre a un número limitado de personas. Tal y como ya señalaba Maquiavelo, «en todas

las repúblicas, sea cual sea su forma de gobierno, apenas cuarenta o cincuenta ciudadanos participan en la dirección de sus asuntos» (1513-1517: cap. XVI). Consideramos pues élites a los individuos que se encuentran en una posición jerárquica superior en las instituciones sociales y cuya supervivencia en esta posición depende de su capacidad para competir por la acumulación de poder.

Los límites de la actuación de cada élite dependen de la estructura de poder de cada sociedad. Así, en sociedades más democráticas existe una mayor especialización de las élites pues estas están más conectadas con recursos específicos de poder, mientras que en sociedades más autocráticas las élites concentran el control de una mayor variedad de recursos. Sin embargo, es muy difícil que en las sociedades contemporáneas, sea cual sea la estructura de su sistema de poder, exista la completa especialización en un recurso o se posea control absoluto sobre todos los recursos, pues estos están mucho más diversificados que en épocas anteriores.

El grado de concentración del poder es también relevante para poder analizar el sistema. Un sistema estructurado sobre pocas élites primarias tenderá a la oligarquía: a la autocracia en su dimensión política y al monopolio en su dimensión económica. Cuantas más élites participen en la competición, más dura será esta y más posibilidades tendrá la población de establecer relaciones lineales por sus propios intereses. Como apunta Mannheim, cuantas más élites haya en una sociedad, más tiende cada élite individual a perder su función y su influencia como líder, pues se compensan entre ellas. En una sociedad democrática de masas, sobre todo si existe una gran movilización social, ningún grupo puede conseguir influenciar profundamente a toda la sociedad (Mannheim, 1940).

Como podemos observar en el presente estudio, la mayoría de los países árabes son ejemplos de lo contrario: un grupo muy reducido de personas controla los principales recursos de poder y, sobre todo, mantiene una relación autocrática con el Estado, principalmente a través del monopolio del uso de las rentas exteriores. Esto no significa que haya un control absoluto por parte del gobernante sobre todos los recursos. En el seno del régimen, el gobernante acostumbra a tener la competencia de otras élites con control sobre el ejército, el partido dominante, los servicios secretos o la ideología más fuerte. Las monarquías de Marruecos y Jordania son probablemente las que han conseguido una mayor concentración del control sobre los recursos, desde el Estado hasta el capital y el ejército.

Por el contrario, un sistema estructurado sobre una gran diversidad de élites primarias tenderá a la poliarquía pues la competición estará abierta. Sin embargo no debemos asociar poliarquía con democracia. El ejemplo del Líbano nos es útil en este sentido. Aunque las élites libanesas forman un sistema notablemente más poliárquico que los existentes en la mayoría de las sociedades árabes, su sistema político confesional no puede ocultar que el proceso de acumulación de las élites en el seno de sus respectivas comunidades religiosas no es, en absoluto, democrático. Georges Corm llega incluso a comparar el sistema libanés con un sistema totalitario (Corm, 2005).

El análisis de las élites y su competición por la acumulación diferencial de poder también debe tener en cuenta factores como los ámbitos de procedencia de dichas élites (sectores sociales, profesionales, educativos, corporativos, de la administración del Estado...), o los mecanismos de acceso al control de los recursos de poder por parte de estas (herencia, nepotismo, clientelismo, conquista, revolución...). En la historia reciente del mundo árabe, las independencias y los diferentes golpes de Estado abrieron el acceso a los recursos a las élites que estaban ligadas a los grupos responsables del cambio político. Posteriormente, a medida que las élites se fueron asentando y ampliando, el nepotismo y el clientelismo se convirtieron en los mecanismos más usados. Con el paso del tiempo, el cambio generacional abrió la puerta a la herencia, no solo en las monarquías, sino también en los regímenes republicanos y en todos los ámbitos del poder. Los ejemplos de Siria con los Assad y Egipto con los Mubarak son los más evidentes en esta dinámica que no se limita a los máximos dirigentes y también puede apreciarse en otras élites, como es el caso de algunas de las «jóvenes guardias» de Siria, Jordania, Egipto, Marruecos y otros países, en los que encontramos a hijos de las élites establecidas disputando el poder político y económico a las «viejas guardias».

La procedencia de las élites tiene una gran influencia en la homogeneidad del grupo dirigente. La cohesión y capacidad de generar alianzas en las élites puede verse facilitada o dificultada por el grado de homogeneidad entre estas. Giddens distingue entre la integración moral y la integración social. La primera se refiere a las ideas y valores que las élites pueden compartir, y al grado de conciencia de tener lazos de solidaridad comunes. La segunda, la integración social, se refiere a la frecuencia y la naturaleza de los contactos y las relaciones entre las élites (Giddens,

1974: 5). Por ejemplo, en el caso de las élites saudíes encontramos un grado muy alto de integración tanto moral como social, principalmente en el seno de las élites primarias constituidas por la familia Saud. A diferencia de Jordania y Marruecos, la extensión de la familia Saud permite que no solo la Casa Real, sino también los principales cargos políticos y económicos estén ocupados por miembros de la familia, por lo que el sistema está ligeramente más descentralizado que en Marruecos y Jordania, donde el rey es el actor primario casi único. Además, el sistema saudí es muy homogéneo porque la mayoría de los cargos primarios recaen en la familia real. En otro ejemplo, esta vez «republicano», en Siria las élites primarias se han construido también sobre bases muy homogéneas, incluso familiares. Líbano, por el contrario, ofrece una muestra de una élite con un grado muy bajo de integración moral y social a escala nacional, aunque en algunos ámbitos comunitarios ocurre todo lo contrario.

Las diferencias de integración, tanto moral como social, de las élites se reflejarán en su capacidad de generar alianzas. La homogeneidad ayuda a crear intereses y percepciones similares sobre la sociedad, que facilitarán las alianzas entre las élites (Whitley, 1974: 65). Así, es probable que en el seno de una élite homogénea las alianzas contra terceros sean más fáciles y más duraderas, o que la competición por el poder pueda desarrollarse de una forma más pautada y menos conflictiva. Siguiendo con los ejemplos anteriores, Soler y Zaccara nos muestran como las disputas en el seno de la familia Saud, aunque pueden ser enormemente tensas, incluso en los momentos de máxima importancia como la sucesión de la corona se han podido solucionar casi siempre mediante negociaciones o incluso estableciendo instituciones para ordenar el proceso (la Ley Fundamental de 1992 y la Comisión Bay'a de 2007). Sin embargo, debemos recordar que la competición entre las élites nunca se detiene por completo, pues al fin y al cabo se trata en todo momento de jugadores individuales. Como podemos observar en el capítulo sobre Siria, a pesar de la homogeneidad, la competición ha conducido incluso a intentos de golpe de Estado como el de Rifa'at contra su hermano Hafez al-Asad, o a tensiones entre Bashar al-Asad y su cuñado Shawkat. Aunque si comparamos el período del régimen de los Asad con las épocas anteriores, sí es de señalar una estabilidad en la que la integración de las élites ha desempeñado un papel importante.

En el sentido contrario, vemos que la heterogeneidad de las élites puede provocar inestabilidad y tener incluso consecuencias cruentas,

como por ejemplo en el Líbano, donde el control de unos recursos de poder de mucha menor valía que en Arabia Saudí ha conducido en ocasiones a enfrentamientos armados, llegando incluso a la guerra civil.

Por otra parte, es también importante tener en cuenta hasta que punto el acceso de otros actores a la élite está abierto o bloqueado. Si bien una élite cerrada suele ser más homogénea y por tanto conllevar una competición menos conflictiva, esta misma cerrazón puede provocar que el acceso de otros competidores externos al grupo, de suceder, se produzca mediante métodos más traumáticos y provoque cambios importantes en la estructura del sistema. Por ejemplo, en Arabia Saudí una nueva élite ajena a la familia Saud solo podría llegar a competir por el control del Estado con una revolución que transformara de forma radical el sistema.

Por el contrario, la democratización efectiva del sistema político podría abrir de una forma ordenada el acceso de nuevas élites al control del Estado, reduciéndose entonces las posibilidades de inestabilidad y de violencia. Sin embargo, esto debilitaría claramente a los dirigentes actuales, que podrían perder el poder, por lo que las élites dominantes harán todo lo que esté en su mano para impedir el acceso de otros competidores. Y es precisamente esta la razón por la que los diferentes regímenes árabes son reacios a permitir transiciones realmente democráticas y que incluso cuando convocan elecciones formales se aseguran de que el control efectivo del Estado permanezca en manos del régimen. Esto se repite sin duda en todos los países que hicieron gestos liberalizadores como Egipto, Jordania o Marruecos. Concretamente en Argelia, la rápida respuesta de las élites en el poder fue a todas luces un golpe de Estado que anulaba la victoria electoral de los islamistas y que, al mismo tiempo, condujo a la guerra civil. Únicamente en los lugares donde las viejas élites no lo han podido evitar, nuevas élites han accedido al control del Estado, pero aun así, el proceso se ha topado con la férrea resistencia de los dirigentes establecidos. En los Territorios Ocupados palestinos, por ejemplo, las reticencias de Fatah a aceptar el gobierno de Hamas hicieron incrementar la tensión hasta el punto de producirse la ruptura entre la Franja de Gaza y Cisjordania. Y en Líbano, Hezbolá tuvo que hacer valer su fuerza militar para ser incluido en el reparto del Estado entre las comunidades.

La posición de las élites en el sistema y su capacidad de acumulación también está ligada a los recursos que controlan. No todos los siste-

mas se estructuran de la misma manera; en algunos el recurso esencial puede ser el Estado, en otros el capital, y en otros la coacción o la ideología, o una combinación de varios. Pero en el mundo árabe, excepto algunos casos excepcionales, el recurso fundamental es el Estado, y la competición principal se produce entre las élites que pueden rivalizar por su control. Otros recursos, como capital, información o coacción dependen en buena medida de este recurso principal. Solo la ideología escapa, en algunos casos, al control desde el Estado, permitiendo a élites competidoras amenazar la supremacía de los regímenes. En la actualidad, esta amenaza de la ideología proviene del islamismo, que ha sustituido al nacionalismo y a la izquierda como ideología movilizadora de masas.

### Élites primarias y secundarias

El análisis de las élites nos permite apreciar que, aunque todas participan en la competición por la acumulación diferencial de poder, presentan diferentes grados de incidencia sobre el sistema. Por una parte, las élites primarias poseen la capacidad de competir por el control de los recursos que permiten mayor acumulación en cada momento, y al mismo tiempo, al relacionarse entre sí, delimitan los equilibrios de poder que estructuran todo el sistema. Como apuntábamos, refiriéndonos al mundo árabe, serán élites primarias aquellas que puedan competir eficazmente por el control del Estado, la renta, la coacción y, en ocasiones, por el capital privado y la ideología.

Por su parte las élites secundarias, aunque intervengan también en la competición, se mueven en la estructura generada por las élites primarias, ocupando puestos subalternos en la jerarquía, por lo que su acceso a los recursos dependerá de sus alianzas con las élites primarias.

Como veremos, la posición primaria o secundaria de una élite puede variar con los cambios en la estructura del sistema, bien por nuevos equilibrios o bien por cambios revolucionarios en los recursos o en los actores. En los países árabes por ejemplo, a medida que se fueron asentando los estados, las élites tribales perdieron poder. En muchas ocasiones pasaron a depender de las élites estatales, pues la distribución de las ayudas sociales, trabajo, prebendas... depende de quien controla la renta exterior. Así, el papel de las élites tribales pasó de ser primario cuando la

base de la organización social, política y económica era la tribu, a ser secundario cuando el Estado se convirtió en el centro del proceso de acumulación de poder.

En ocasiones, un individuo o grupo puede disponer de un recurso de poder importante, pero si se encuentra en una posición de dependencia, continuará siendo una élite secundaria. Bustos y Mañé ofrecen un ejemplo al respecto en el capítulo de Argelia: el del magnate Abdelmunim Khalifa, quien a pesar de haber amasado una enorme riqueza no dejó de tener una posición secundaria, tal y como pudo observarse con su caída en desgracia cuando dejó de ser útil para el proceso de acumulación de las élites primarias argelinas.

Otra forma de identificar la posición de las élites en el sistema es analizando si estas son fácilmente reemplazables a la hora de formar alianzas, sin una merma importante de poder para la élite aliada. Un actor primario puede sustituir fácilmente su alianza con un actor secundario sin que ello afecte a su capacidad de acumulación, mientras que un actor secundario depende de su alianza con el primario. Por ejemplo, cuando una élite estatal de un país árabe decide reemplazar al directivo de una empresa, o decide redistribuir la renta hacia otra tribu, o hacia la misma tribu a través de otro jeque o notable. Por otra parte, las élites primarias siempre establecerán sus relaciones con las secundarias intentando evitar que estas tengan acceso a los principales recursos de poder. En este sentido, Ayubi dice que las alianzas de base distributiva incorporan económicamente a las élites aliadas al régimen, pero las excluyen políticamente (Ayubi, 2000: 307).

Por el contrario, los cambios en las alianzas entre los actores primarios forman parte del «gran juego» y tienen repercusiones directas en los equilibrios de poder del sistema y, por lo tanto, en la estructura del mismo. Una importante alianza entre actores primarios en el mundo árabe fue la de Muhammad ibn Saud con Muhammad ibn Abd al-Wahhab, que daría lugar a la actual Arabia Saudí. El Pacto Nacional en Líbano es otro ejemplo de alianza fundacional, en este caso de un sistema basado en los equilibrios comunitarios. Tal y como exponen Goenaga y Sánchez, el Líbano moderno nace del pacto de las élites cristianas con las élites suníes para repartirse el control del Estado. Un sistema que se ha ido reestructurando y reafirmando con los cambios en la relación de fuerzas de las distintas comunidades, sobre todo a medida que las élites chiíes han podido reclamar su participación en el control de las instituciones, tras la



guerra civil con el acuerdo de Taif, y con los acuerdos de Doha de 2008 después de la demostración de fuerza de Hezbolá.

La capacidad de ser actor depende, por lo tanto, directamente del poder que se consigue acumular. Por esta razón, un actor tiene que ser analizado en el contexto del subsistema en el que tiene influencia. Diferentes espacios generan diferentes sistemas con distintas estructuras. En ese sentido, en el sistema global deberemos tener en cuenta solo a aquellos actores que tengan capacidad para utilizar recursos «globales» como: estados-potencia; grandes corporaciones transnacionales; hegemonías e ideologías globales (como las grandes religiones, el neoliberalismo, el socialismo o el comunismo, pero no ideologías nacionalistas que solo serán útiles como recursos de poder en ámbitos nacionales); capacidad de coacción internacional; capacidad informativa internacional; normas e instituciones internacionales... Pero puede haber también sistemas regionales, estatales, locales o incluso referidos a una institución como una iglesia, un partido, una corporación, etc. De esta forma, actores primarios en el análisis de un sistema inferior pueden ser secundarios en el sistema superior. Continuando con el ejemplo anterior, si analizamos el sistema tribal de un país árabe, los jeques serán los actores primarios. Pero si analizamos el sistema del país de forma global, los jeques ocuparán un lugar secundario frente las élites que controlan el Estado.

### *La población*

El análisis de la población como actor ofrece mayores dificultades que el de las élites, pues en muchas ocasiones la movilización de las masas responde también a la capacidad de manipulación de algunas élites para utilizarlas en su propio beneficio.

En este sentido Inglehart distingue entre la participación dirigida por la élite y la participación que desafía a la élite. En el primer caso se refiere a una amplia masa de ciudadanos, en general poco preparada políticamente y guiada por un pequeño número de líderes normalmente a través de los partidos, sindicatos, iglesias u otras instituciones. En el segundo caso, la acción está más orientada hacia objetivos concretos y tangibles, y se basa más en grupos formados ad hoc que en una organización burocratizada. Este tipo de participación requiere un nivel más alto de experiencia política por parte de la población (Inglehart, 1977: 299-300).

Por lo tanto, para distinguir cuándo la población es actor o recurso, es necesario analizar el objetivo planteado en la movilización. Cuando los fines de la población están ligados a su interés en términos de mejora de sus condiciones de vida, nos encontramos ante relaciones de poder lineales en las que los colectivos populares cumplen un papel de sujeto. La población se mueve normalmente sobre un eje que abarca desde la no conciencia de sus intereses (resultado de la manipulación ideológica por parte de algunas élites), a la reivindicación de mejoras en su modo de vida y la movilización para conseguirlas. En función de su posición en dicho eje, las personas serán capaces de pasar de ser un mero recurso en manos de los más poderosos, a ejecutar acciones reactivas en contra de actuaciones de las élites que atenten contra su bienestar, o, incluso, emprender acciones proactivas para redefinir y lograr sus verdaderos objetivos. La relación que mantengan las élites con la población también variará en función de la posición de la población sobre el eje. Cuanto más concienciadas estén las personas sobre su situación social, más buscarán legitimarse las élites, con lo que su capacidad de acumulación se verá afectada por la necesidad de dar una respuesta a los intereses y objetivos de la población.

Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, la población se moviliza ante decisiones tomadas por las élites y que lesionan sus intereses. En palabras de Tilly, una acción colectiva reactiva consiste en el esfuerzo de un grupo por reestablecer derechos adquiridos cuando alguien los amenaza o viola (Tilly, 1978: 367-368). En estos casos, la iniciativa siempre parte de las élites y la población se limita a reaccionar ante ellas. Además, los objetivos de esta acción podrían describirse como poco ambiciosos, debido a que dicha posición es defensiva.

Cuando existe una conciencia clara de sus intereses, la población puede tener la iniciativa y movilizarse para conseguir objetivos definidos por ella misma, rompiendo los límites impuestos por las élites. Como define Tilly en la misma obra, las acciones proactivas reivindican derechos que no se habían ejercido con anterioridad. En estas ocasiones, el movimiento es transformador de la realidad social. Sin embargo, en estos casos la movilización de la población resulta más difícil, pues en primer lugar debe adquirir conciencia de su situación y después pensar en los cambios necesarios para mejorarla, además de lograr unirse para luchar por ellos.

Así, un factor esencial en la movilización de la población es la capacidad de acción colectiva. Como menciona Przeworski, lo que amena-

za realmente a los regímenes autoritarios no es la pérdida de legitimidad sino la organización de una contrahegemonía: la existencia de un proyecto colectivo como alternativa de futuro (Przeworski, 1991: 54). En el mundo árabe, las grandes movilizaciones proactivas se dieron —y todavía se dan en el caso palestino— en pro de la liberación del control colonial. Una vez conseguidas las independencias, las movilizaciones de masas pasaron a ser reactivas y a producirse sobre todo en momentos de crisis económica, cuando los regímenes no podían continuar manteniendo las mejoras sociales forjadas con la consolidación de los estados independientes. Como veremos a lo largo del libro, buen ejemplo de ello son las «revueltas del pan» que sucedieron en los años ochenta y noventa en la mayoría de países árabes.

El principal recurso de la población para alcanzar sus intereses es, por lo tanto, su propia movilización mediante acciones de protesta, oposición o resistencia. Sin embargo, no es su único recurso ni el más habitual. A veces la población puede usar la competición de las élites como un recurso para lograr sus objetivos, cuando estas necesitan el apoyo de los grupos sociales. En estos casos, la población gana capacidad de negociación y puede exigir mejoras en su bienestar, pero no deja de estar supeditada a las necesidades coyunturales de las élites que la utilizan como recurso en la competición.

La presencia de colectivos de vanguardia es también un recurso para la movilización de la población. Estos grupos pueden surgir en organizaciones de la sociedad civil, en sindicatos o incluso en organizaciones políticas si defienden los intereses de la mayoría, y su capacidad de acción estará ligada a su incidencia en la población y su potencial para movilizarla. Sin embargo, estas organizaciones sufrirán importantes tensiones si pueden acceder a controlar recursos de poder, pues entonces los objetivos de la población pueden chocar con las necesidades de los líderes de la organización, que perderán su papel de vanguardia de una relación lineal para asumir su papel de élite competidora en una relación circular. En esta ambivalencia se mueven, por ejemplo, algunos líderes y dirigentes de asociaciones profesionales y empresariales en Jordania o Egipto, de algunas ONG en los Territorios Ocupados palestinos, de algunos partidos en Marruecos, Argelia o Egipto, e incluso algunos de los líderes de los Hermanos Musulmanes en Egipto o Jordania.

La población no actúa siempre con la misma intensidad, por lo que también podemos distinguir grados diferentes en sus actuaciones.<sup>6</sup> Las

acciones reactivas tienen en muchas ocasiones la forma de protestas puntuales y gozan de un cierto grado de espontaneidad. Son movimientos de respuesta a hechos concretos, o demandas generadas por una gran presión ejercida sobre la población hasta el punto de que a esta le es difícil continuar soportándola.

La oposición se distingue de la protesta porque está más estructurada. La diferenciamos de la resistencia si se lleva a cabo desde dentro del sistema, aceptando sus reglas del juego. Normalmente la abanderan las organizaciones políticas, religiosas o de la sociedad civil legales o paralegales (no clandestinas). Los procesos de apertura de algunos regímenes árabes han hecho florecer este tipo de organizaciones y, en ocasiones, algunos grupos, que bajo la represión más dura actuaban desde la clandestinidad contra el régimen, han aceptado contemporalizar con el poder para salir a la superficie y pasar de una actividad de resistencia a una de oposición (el caso de los Hermanos Musulmanes en Egipto es una muestra de esta dinámica).

Los intentos de transformación del sistema, o de algunas de sus políticas en el caso de que afecten a las bases del régimen, adquieren una dimensión más profunda que las dos anteriores. Los movimientos de resistencia solo tienen fuerza en momentos de fragilidad del régimen. Mientras que la respuesta de los regímenes a las protestas y la oposición puede oscilar entre la represión o la negociación y concesiones para aumentar la legitimidad, en el caso de los movimientos de resistencia la coacción es manifiesta pues lo que ponen en duda es la permanencia de las élites y de su control sobre los recursos de acumulación de poder, y por tanto su misma existencia.

Como ya veíamos en Inglehart, las acciones de la población también pueden estudiarse en función de su relación con las élites; pueden estar dirigidas por estas, o pueden cuestionar e incluso amenazar su existencia. Aunque a menudo estas dos dimensiones pueden aparecer en una misma movilización. En el primer caso, tras las actuaciones de la población dirigidas por las élites encontramos en muchas ocasiones grupos estables y jerarquizados, que sirven de recurso a los dirigentes en su competición por la acumulación. En el segundo caso, las movilizaciones establecen relaciones lineales y los grupos acostumbran a ser poco jerarquizados y menos estables, desapareciendo o transformando su lucha cuando se ha conseguido el objetivo concreto que había generado la movilización.

Pero cuando las segundas movilizaciones se producen de forma duradera, lo que ocurre a menudo en luchas por grandes transformaciones sociales, se plantea una controversia en torno al papel de la vanguardia. Es fácil que, con el tiempo, los grupos que organizan la movilización se jerarquicen, y que la vanguardia de estos grupos adopte un papel cada vez más cercano a la élite. Esto puede conducir a la aparición de partidos, o a que algunos dirigentes, una vez conseguido el objetivo, no acepten retirarse e intenten aprovechar el éxito de la movilización para posicionarse en la élite. También puede ocurrir que esta vanguardia, convertida ya en élite, intente transformar los objetivos iniciales de la población en su propio beneficio. En ambos casos, estos líderes habrán abandonado su papel de vanguardia de una relación lineal, para adquirir un papel de élite que utiliza a esta población como recurso en la competición por la acumulación diferencial de poder. Algunos de los regímenes árabes republicanos son producto de esta evolución de la vanguardia, como el FLN en Argelia, el Ba'az en Siria e Irak, o Fatah en Palestina.

Además, como veíamos, la existencia de relaciones lineales no implica automáticamente la desaparición de las relaciones circulares. En muchos casos cuando la masa se convierte en actor también es un recurso para algunas élites que pueden aprovechar la movilización en beneficio propio. En estas ocasiones, cuanto más responda esta élite a las demandas de la población más poder adquirirá. En este sentido, la legitimización de los regímenes árabes se produce por dos mecanismos distintos: como líderes de una ideología hegemónica o dando respuesta a las demandas de la población. Así, la mayoría de las élites en el poder, cuando falla el recurso ideológico intentan satisfacer a la población, y si no tienen capacidad para responder a sus reivindicaciones sufren una crisis de legitimidad.

De este modo, observamos como la visión que se nos va presentando a lo largo de los capítulos de este libro respecto a la vitalidad de la población como actor en el mundo árabe es pesimista. En términos generales, la movilización de los ciudadanos es esporádica y principalmente limitada a acciones de protesta. Las organizaciones de la sociedad civil son escasas y débiles, y los sindicatos y partidos políticos actúan, cada vez en mayor medida, como «oposición» que no cuestiona las bases de los regímenes, cuando no son meros instrumentos al servicio de la acumulación de sus dirigentes.

## Recursos de poder

Los recursos que las élites pueden utilizar en su competición por la acumulación de poder conforman otro factor determinante de la estructura del sistema. El peso de los distintos recursos está ligado a la coyuntura y los procesos de acumulación, y el control de cada uno de ellos genera intereses y políticas distintas, y en muchos casos contradictorias. Por otra parte, un sistema con un alto grado de especialización de las élites en recursos distintos, o con diversidad de recursos fundamentales para el proceso de acumulación, será más difuso y con mayor diversidad de élites. En el sentido contrario, un sistema con élites poco especializadas y, por tanto, con capacidad de competir por todos los recursos fundamentales, o en el cual la acumulación de poder se base en un solo recurso, presentará una mayor concentración de élites. En los países árabes la mayoría de sistemas tienden a ser poco especializados con unas élites que compiten por el Estado como recurso primario. En la mayoría de los casos esto refuerza la tendencia a la oligarquía y a la autocracia política.

Esta preponderancia del recurso Estado en el mundo árabe nos llevará a centrar la atención en él, sin embargo comentaremos brevemente en primer lugar algunos de los otros recursos de poder de los que disponen las élites.

Sin entrar en el debate sobre la definición del capital, es importante no confundir este recurso con la riqueza ni con el beneficio. Coincidimos, pues, con la conclusión que, desde la economía política, presentan Nitzan y Bichler, quienes además introducen la idea de la acumulación diferencial:

La acumulación de capital no representa ni riqueza material, ni una amalgama productiva de «trabajo muerto», sino más bien la *mercantilización del poder*. Los capitalistas no acumulan cosas traídas del pasado, sino títulos de poder vendibles proyectados hacia el futuro. En este sentido, sus ganancias capitalizadas no representan un derecho sobre una parte de la producción, sino sobre una parte del control del proceso social. Así, a pesar de que el poder de los capitalistas se ejerce sobre la sociedad, se mide de forma relativa al poder de los otros propietarios. [...] En resumen, la cuestión central no es la acumulación en términos absolutos, sino la acumulación *diferencial*. [...] De esta forma, la conexión entre la acumulación diferencial y el poder tendría que resultar más evidente. Acumular de forma diferencial es aumentar su parte de las ganancias totales y de la capitalización.

Y aumentar su parte distributiva de estas magnitudes es aumentar su poder relativo para influir sobre el proceso de cambio social. La fuente de este poder es la habilidad de los propietarios de limitar estratégicamente o «sabatotear» el proceso de reproducción social» (Nitzan y Bichler, 2002: 36-38).

A partir de esta definición podemos entender que «capital» será todo aquello que sirva para acumular más «poder mercantilizado». Por esta razón, es necesario diferenciar, por ejemplo, el capital de la renta exterior, ya sea esta producto de la exportación de petróleo, de las ayudas recibidas o de la deuda contraída. La función de esta renta en la mayoría de países árabes no es generar más acumulación en forma de capital, sino en forma de control del Estado, clientelismo y legitimidad frente a la población.

También es importante recordar aquí que capital y corporación no son sinónimos. Es necesario diferenciar entre la acumulación de capital y la acumulación de poder corporativo. Giddens distingue entre élites propietarias y élites que controlan la organización. La corporación moderna ha ido evolucionando de estar controlada por los propietarios a estar controlada por los directivos, y estos dos sectores pueden tener intereses distintos (Giddens, 1974: 9). Galbraith también avisaba del poder de la burocracia corporativa (Galbraith, 2004), y del dominio corporativo sobre la economía capitalista, mal llamada «economía de mercado» (Galbraith, 1973).

Capital y corporaciones han adquirido un peso fundamental en los procesos de acumulación en los países desarrollados y en el sistema global. Tras las políticas keynesianas, anteriores y posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el neoliberalismo de los años ochenta y noventa acentuó todavía más la capacidad de acumulación de poder de las élites capitalistas y corporativas. En el mundo árabe, sin embargo, a pesar de casos excepcionales como el de Hariri en Líbano, vemos que tanto la acumulación de capital como la actividad de las corporaciones continúan dependiendo en buena medida del Estado o de las corporaciones multinacionales, por lo que las élites capitalistas y corporativas árabes tienen, en la mayoría de los casos, una posición secundaria.

Como hemos visto, otro recurso importante es la relación que se establece entre las élites y la población. Los esfuerzos por conseguir el apoyo popular constituyen una clara manifestación de la importancia de

este recurso para las élites. Si, como afirmaba Arendt, el poder reside en el grupo, la competición de las élites por conseguir ser las depositarias de la cesión de dicho poder será muy dura. El voto en las elecciones en una democracia representativa es seguramente el mecanismo más visible de extracción de poder a la población, en favor de la acumulación para las élites. La causa de la conversión de la población en recurso debe buscarse en la falta de conciencia de sus propios intereses. Tal y como ya expresaba Marx, la alienación supone la pérdida de la calidad de sujeto humano para convertirse en objeto (Marx, 1844) que será usado por las élites en su competición por la acumulación diferencial de poder, y en este proceso de alienación la ideología cumple un papel fundamental.

El análisis de la ideología como recurso nos lleva a diferenciar entre tres niveles distintos de influencia. Los dos primeros, que veremos más adelante, forman parte de la estructura del sistema, mientras que el último representa un recurso que algunas élites utilizan en la competición. En el primer nivel, que impregna todas las relaciones sociales y que podríamos definir como lo que Foucault llama el «régimen de verdad», encontramos los mecanismos inconscientes que nos hacen aceptar o rechazar ideas, valores y discursos. En el segundo nivel, que Gramsci define como «hegemonía cultural», una clase o un grupo social consigue que sus intereses de grupo sean asumidos como el interés general de toda la población. Pero, como decíamos, ambos serán analizados en el apartado de «Estructura del sistema» de este capítulo.

En el tercer nivel, nos situamos en un plano más concreto e inmediato, el de los sistemas de creencias políticas y religiosas difundidas por las élites para manipular a la población. Este es el nivel más evidente pues es el que se puede utilizar de forma más directa e independiente en la competición por el poder, donde encontraremos ideologías políticas y religiosas rivales, o disputas por el control de dichas ideologías. Estos enfrentamientos se producen, en muchos casos, dentro de la estructura establecida por el «régimen de verdad» y por la «hegemonía cultural», e incluso en el seno de las mismas clases sociales. La debilidad de la hegemonía, como es el caso en el mundo árabe, da mayor fuerza a la competencia entre sistemas de creencias. Esta competición no se da solo entre ideologías políticas enfrentadas o entre ideologías religiosas enfrentadas, sino que todas compiten con todas, pues la función de todas ellas es la misma: la acumulación de poder de las élites que las controlan. Por ejemplo, la decadencia del nacionalismo árabe alimentó la reislami-



zación de las sociedades musulmanas del Norte de África y de Oriente Medio.

La importancia de la información como recurso de poder se refleja en los grandes esfuerzos de los distintos actores por controlarla. Este recurso presenta dos vertientes: el control sobre la información que reciben los ciudadanos (medios de comunicación y educación) por un lado, y la información que se tiene sobre los ciudadanos y los demás actores (servicios de información). Respecto a los medios de comunicación, existen varios factores que deben tenerse en cuenta en el análisis. En primer lugar, el grado de concentración de los medios que se acerca, de forma casi universal, cada vez más a la oligarquía. En segundo lugar, la censura, tanto la impuesta desde el exterior como la procedente desde la dirección de un medio. Y, en tercer lugar, la independencia de los medios de comunicación, es decir, si los directivos son élites primarias o secundarias que están ligadas, por ejemplo, al Estado, a una iglesia, un partido, una corporación, etc. La importancia del control de la información en el mundo árabe es evidente por el grado de concentración de los medios y su posición secundaria respecto a las élites que controlan el Estado. En algunos países la información parece haber experimentado una ligera liberalización, como podría apreciarse en Marruecos, Jordania o Egipto, pero entonces la censura actúa estableciendo unas líneas rojas de protección de los regímenes que no pueden cruzarse, y si se cruzan los medios son duramente castigados. El caso de la televisión qatarí por satélite Al-Jazeera es paradigmático para entender la preocupación que suscita la información independiente en los regímenes árabes. Como comentarán más adelante Azaola y Kemou en el capítulo sobre Egipto, en 2008 se celebró una reunión de los veintidós ministros de Comunicación de la Liga Árabe, con la excepción del libanés y el qatarí, para adoptar un protocolo de censura sobre los medios de comunicación, pensado sobre todo para poder limitar la recepción de la exitosa Al-Jazeera en los países árabes.

En cuanto a la otra vertiente, la de los servicios de información, resulta necesario destacar la importancia del Mujabarat en la práctica totalidad de los países árabes. Como en todas las autocracias, el control de sus rivales y de los ciudadanos es un arma esencial para las élites en el poder. Aquí, ligado al de la información aparece el recurso a la coacción para mantener a la población amedrentada. La omnipresencia de los servicios de información tiene un enorme efecto disuasorio en muchas per-

sonas, reduciendo de forma evidente las manifestaciones de descontento popular, además de lograr provocar una gran desconfianza en el seno de los grupos o movimientos de protesta, oposición o resistencia, debido a las sospechas de infiltraciones de miembros de los servicios secretos.

La mayoría de las organizaciones jerárquicas cuentan con mecanismos de coacción para hacer respetar la autoridad de las élites dirigentes cuando los mecanismos hegemónicos (la legitimidad y la ideología) fallan. La represión directa es normalmente el último recurso al que recurren los regímenes para asegurar su supervivencia. Pero en muchos países árabes, como en cualquier autocracia, la violencia sobre la población está mucho más presente que en un sistema democrático liberal. El encarcelamiento, la tortura, o incluso la pena de muerte no son hechos esporádicos en estos regímenes, hasta el punto de que, como es sabido, el gobierno norteamericano no dudó en recurrir a los servicios de los torturadores de algunos de estos países en su «lucha contra el terrorismo». Sin embargo, a pesar de que sea lo más visible, la capacidad de coacción no se refleja solo en el uso de la violencia, sino también en el uso de la amenaza y el castigo, no forzosamente violento, para reafirmar la autoridad. Y en esta función encontramos, una vez más, en el papel central a los servicios secretos, cultivando con eficacia la presencia permanente de un Estado que «todo lo sabe y todo lo ve».

Además, las luchas por la independencia primero y los conflictos regionales después han reforzado el poder del ejército y la militarización del sistema en estos países. Egipto, Argelia, Siria o Mauritania son claros ejemplos del papel preponderante de las Fuerzas Armadas en la configuración de los regímenes. En Líbano, vemos también, en el papel de las milicias y actualmente de Hezbolá, la importancia de la fuerza armada, incluso para ganar legitimidad ante la población. En el resto de los países el ejército no deja de tener un papel fundamental. Además, la percepción de su papel histórico como responsable de lograr y mantener la independencia, y como elemento garante de la seguridad en una región con numerosos conflictos abiertos, hacen que gran parte de la población tenga una percepción positiva de estos cuerpos, lo que ayuda a incrementar la legitimidad, las prerrogativas y el presupuesto de las élites militares. Allí donde los generales no gobiernan, las élites políticas civiles hacen todo lo posible para tener a los militares satisfechos y, al mismo tiempo, controlados. Y cuando esto no es posible, la competición por el poder estalla en forma de golpes de Estado o en la realización de depura-

ciones en el ejército. Otra consecuencia de la militarización de los sistemas árabes ha sido que casi todos los ejércitos de la región han adoptado el papel de velar en última instancia por el mantenimiento de los regímenes, ya sea porque son los militares los que controlan el poder, o por las alianzas que estos establecen con las élites del régimen.

### *El Estado*

La institucionalización del control de la población representa uno de los principales mecanismos de extracción de poder y de creación de élites. A través de la aprobación de leyes y normas, este proceso permite establecer objetivos colectivos, aceptados por la mayoría, y concentrar el poder en manos de las jerarquías, de forma que la estratificación social se convierte a su vez en una institución de la sociedad. La génesis del Estado está pues directamente conectada a la subordinación de la población a un grupo. Siguiendo las palabras de Balandier, el Estado tradicional permite a una minoría ejercer un dominio duradero, y las luchas por el poder en el seno de esta élite no la debilitan, sino al contrario, refuerzan su posición superior. El poder y la autoridad están tan personalizados que el interés público se distingue con dificultad del interés privado de quien los asume (Balandier, 1999: 176-177).

Como ya apuntábamos anteriormente, desde la visión de Hannah Arendt, el poder se basa en el grupo y no es nunca propiedad de un individuo. El individuo solo recibe «poderes» de un cierto número de personas y en cuanto desaparece el grupo se desvanece también ese poder (Arendt, 2005 [1970]). Si a esta idea de Arendt le añadimos la definición de Max Weber, del Estado como una «comunidad humana que se atribuye (con éxito) el monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio dado» (Weber, 1985: 19), llegaremos a la conclusión de que uno de los aspectos más valiosos del Estado, como recurso de poder para las élites que lo controlan, es esta «legitimidad» en el ejercicio del gobierno y en el uso de la violencia. El mismo Weber, al analizar los diferentes mecanismos de legitimación del dominio (tradicional, carismático y legal), se referirá a capacidades de algunas élites de legitimar su dominación a través del control del Estado (Weber, 1985: 11-12).

Es necesario diferenciar entre Estado, gobierno y régimen. El Estado es una institución, que a su vez engloba a otras instituciones, en las

cuales confluyen la legitimidad tanto del ejercicio último del poder público como de la violencia. El Estado es un recurso de poder, pero es también una estructura organizativa de otras relaciones sociales y económicas, y sobre todo un sistema canalizador de recursos, tanto en el sentido de su concentración como de su distribución. El gobierno es la acción de uso del recurso Estado, y también el concepto que utilizamos para definir a los actores que tienen la capacidad de llevar a cabo esta acción en un momento dado. El régimen, sin embargo, es más que el gobierno, es la estructura que adoptan las relaciones de poder en el dominio del recurso Estado, y también usamos dicho término para identificar a las élites que tienen la capacidad de dar forma a esta estructura. La forma del Estado, del gobierno y del régimen variará según la coyuntura histórica del momento de cada sociedad.

El Estado árabe empezó a atraer el interés de los teóricos a partir de los años ochenta, pues antes habían centrado su atención más en nociones como la «Umma islámica» o el nacionalismo árabe (Ayubi, 2000). La aproximación a la formación de los estados árabes adoptó diferentes perspectivas, pues las distintas sociedades partían históricamente de diferentes formas de organización política, que después sufrieron distintos tipos de «exportación» del Estado europeo en diferentes momentos históricos. Badie, por ejemplo, señala que las diversas prácticas políticas y culturales en el proceso de exportación del Estado desde las metrópolis a las colonias varían según la trayectoria sociopolítica de cada poder colonial (Badie, 1992). A esta dinámica colonial y globalizadora que impone modelos de Estado según sus necesidades, debe añadirse el interés de las élites poscoloniales que ven también en el Estado un recurso de enorme potencial para su proceso de acumulación de poder.

Los analistas del Estado árabe proponen tipologías de Estado distintas dependiendo de los elementos en los que centran su atención. Alí al-Wardi distingue entre tres tipos de Estado árabe: a) el Estado mayoritario, en el que coexisten de forma conflictiva los grupos nómadas (*badawa*) y los grupos urbanos (*hadara*); b) el Estado en el que los grupos nómadas se convirtieron en dominantes, como es el caso de la península Arábiga; y c) el Estado en el que dominaron los grupos urbanos, como en el caso de Egipto (citado en Ayubi, 2000: 84). Iliya Harik, por su parte, menciona cinco tipos distintos: a) el sistema imam-jefe; b) el sistema de alianzas entre imames y jefes; c) el sistema secular tradicional; d) el tipo oligárquico de base militar-burocrática; y e) el sistema producto de la co-

lonización (Harik, 1987: 23-34). Ghassan Salamé, por su parte, señala que al contrario que en el resto de los países árabes, el Estado poscolonial en Marruecos y Egipto se basa en una «tradición de poder», el *makhzen* en el primer caso y la tradición faraónica e islámica en el segundo (Salamé, 1996: 59). Nazih Ayubi diferencia tres polos alrededor de los cuales se organiza el Estado y el régimen: el presidente, el ejército y el partido. El Estado-jefe estructura el sistema, y por debajo de él compiten el Estado-seguridad (Ejército y Mujabarat), el Estado-partido y el Estado-burocracia (Ayubi, 2000: 300-301). Como vemos, en todos los casos, la forma final del Estado está ligada a la procedencia de la élite que lo controla y al recurso fundamental que le ha permitido a dicha élite establecer el régimen que le es favorable.

En el caso de los estados árabes, al igual que en la mayoría de sociedades premodernas, no ha habido ningún grupo capaz de mantener una posición hegemónica en términos ideológicos (en el sentido gramsciano). Esta incapacidad por parte de las élites de generar una hegemonía sobre su sociedad tiene su claro exponente en la crisis de legitimidad de la que habla Gema Martín Muñoz:

La legitimidad histórica —haber dirigido la independencia— constituyó el elemento sustancial que dotó a los gobernantes poscoloniales del reconocimiento de sus poblaciones; dicha legitimación se prolongó con la promesa de lograr la independencia política y el desarrollo económico. [...] A medida que [las élites poscoloniales] tenían que dismantelar el pacto social que sustentaba el Estado protector, sin haber cumplido sus promesas de no dependencia y desarrollo económico (legitimidad nacionalista), el malestar de la ciudadanía se polarizó en la falta de participación y representación sociopolítica (legitimidad democrática) y en la necesidad de recuperación cultural de los valores islámicos propios (legitimidad islámica) frente a los exógenos. [...] La sequía progresiva de todas esas fuentes de legitimación lleva hasta el momento actual, en que el contrato social, el modelo político y la identidad cultural están en crisis (Martín Muñoz, 1999: 19).

Por esta razón, a diferencia de lo sucedido en las sociedades occidentales, la autoridad en los países árabes debe apoyarse más en los mecanismos coactivos. Así, la violencia y la coacción adquieren un papel, no de último recurso, sino de recurso cotidiano y normalizado (como la omnipresencia del Mujabarat). Aquí nos encontramos más cerca de la autori-

dad premoderna que de la autoridad invisible basada en la hegemonía de las sociedades modernas. La debilidad de la hegemonía hace más necesaria la coacción, y la autoridad premoderna hace de la exhibición de sí misma y de sus actos (el modelo de castigo en la plaza pública) uno de los mecanismos de restitución y mantenimiento ante quien haya osado ponerla en duda.

Usamos el término premoderna para referirnos a las sociedades que no han accedido a la modernidad de las economías desarrolladas y las instituciones heredadas de la Ilustración. No lo empleamos en un sentido cronológico, como si la premodernidad fuera un estadio al que siguiera el desarrollo y la modernidad. De hecho, en el sistema capitalista globalizado, el modelo de modernidad de las economías del centro desarrollado obstaculiza el acceso de las economías no desarrolladas de la periferia a esta misma modernidad, por lo que la premodernidad es más un estado permanente que un momento en la evolución de las sociedades.

En este punto, es importante huir de los análisis más cerrados del marxismo en los que se presenta al Estado como un mero recurso en manos del capital. Esto es más evidente incluso en el análisis de las sociedades premodernas actuales. La principal fuente de acumulación es el propio Estado, con lo que las élites primarias que definen los equilibrios de poder serán las que controlen el aparato estatal (quizás con las excepciones de Líbano y Mauritania, en los que la comunidad religiosa en el primero y la tribu en el segundo continúan teniendo un peso primordial).

La centralidad del Estado en el proceso de acumulación de poder provoca que la mayor lucha por el poder se localice constantemente alrededor de este. Por esta razón, el análisis de las sociedades árabes en términos de clase es necesario pero insuficiente, pues los equilibrios en las relaciones de poder y en la acumulación están más relacionados con el control del Estado que con las relaciones de producción y la acumulación de capital. Esto explica en gran parte la dificultad del tránsito a sistemas políticos democráticos, pues la pérdida del control del Estado implicaría, casi con seguridad, la desaparición como élite.

### Los regímenes rentistas

La débil legitimidad de las élites que controlan el Estado árabe también se refleja en la forma de extraer algunos recursos de la sociedad. La

ausencia de hegemonía ideológica y la falta de legitimidad dificultan el proceso de acumulación en las élites por mecanismos institucionales, por ejemplo a través de la recaudación de impuestos. Esta carencia conlleva la aparición de otros procesos como la corrupción y, sobre todo, la apropiación de los recursos (como los recursos naturales, las rentas exteriores o la deuda externa) antes de que la población tenga acceso a ellos. Una vez se ha conseguido el dominio sobre el recurso que genera la renta, la relación con la ciudadanía ya no es de recaudación sino de distribución, lo que debilita enormemente la capacidad de negociación de la población y, por lo tanto, el poder de las élites es mayor y más autoritario. De esta forma, el Estado se convierte en un instrumento de apropiación «ilegítima» de los recursos de la población, no en el producto de un acuerdo social y ni siquiera de la hegemonía de un grupo que consiga que sus intereses sean aceptados como si fueran los mismos de toda la sociedad. Así, las élites que controlan el Estado buscarán su estabilidad a través de tres estrategias principales: la distribución de las rentas conseguidas a través de los recursos apropiados, la cooptación de otras élites secundarias y la represión.

El análisis de la economía política de los países productores de petróleo ha convergido en la conceptualización de las economías rentistas. Mañé y De la Cámara definen las economías petrolero-rentistas como «las de aquellos territorios en los que la gestión del sector de los hidrocarburos se lleva a cabo con el objetivo —político— de lograr el máximo posible de renta del subsuelo para los ciudadanos nacionales» (Mañé y De la Cámara, 2005). Las autoras centran su análisis en las rentas producidas por la extracción de recursos, pero podemos ampliar los mecanismos rentistas a la deuda exterior y a las ayudas recibidas por algunos estados.<sup>7</sup> Estos dos mecanismos permiten mantener los lazos rentistas con la población a los regímenes árabes en los estados no productores de petróleo, mientras tienen capacidad de endeudamiento o de percepción de ayudas. La intervención pública del gobierno se basa en los ingresos obtenidos de la renta exterior y esto significa que las políticas presupuestarias son principalmente de gasto y tienen como objetivo legitimar el régimen. Esta dinámica conduce al desarrollo de una economía no productiva basada en la renta, que sustenta al sector servicios y al consumo sobre todo a base de productos importados; y así la consecuencia de todo ello es la dependencia directa de la economía y el régimen de los precios del petróleo, o de la capacidad de conseguir créditos y ayudas externas.

De esta forma, el Estado y la renta se unieron como recursos de poder en manos de las élites que los podían controlar. Estas élites acumularon un poder desproporcionado en comparación a otras épocas o a otras élites contemporáneas. Mientras la renta exterior es caudalosa, la capacidad distributiva generada por la renta es suficiente para controlar a la población y, al mismo tiempo, para convertir en clientes a los grupos competidores en la acumulación de poder.

La mayoría de los estados árabes, tanto los ricos en petróleo como los pobres, han entrado en mayor o menor grado en esta dinámica rentista. Los regímenes que no tienen petróleo aprovecharon la importancia estratégica de su cercanía a los pozos para conseguir rentas exteriores, tanto de los que los querían como aliados, como de aquellos que estaban dispuestos a pagar para no verse amenazados. Por esta misma razón, como el petróleo genera amenazas y vulnerabilidad, tanto externas como internas, pero también al mismo tiempo permite aumentar los presupuestos del ejército, la policía y el Mujabarat, los regímenes se militarizan y se convierten en unos de los clientes más importantes de las industrias de armamento (Beblawi y Luciani, 1987: 18, 52, 59-60).

El análisis desde la perspectiva de la Sociología del poder nos ayuda a identificar los actores determinantes, sus objetivos y la función de los recursos que tienen a su alcance. Con frecuencia se presenta a los estados productores de petróleo como un fracaso por no haber conseguido el objetivo del desarrollo económico o por no haber sido capaces de consolidar la independencia respecto a las grandes corporaciones occidentales. Críticas similares se repiten de cara a los estados que dependen de las rentas ligadas a la ayuda exterior o a la deuda externa. Sin embargo, estas acusaciones parten de dos supuestos falsos: el primero es que un Estado tiene objetivos propios, y el segundo que la prioridad de los gobiernos de estos estados es el desarrollo económico y social. En contra del discurso oficial que presenta la actividad económica del régimen como un camino hacia el desarrollo, este habría sido contraproducente para las propias élites primarias. El desarrollo real de las sociedades árabes y de sus economías habría facilitado el surgimiento de otras élites independientes en la competición por el poder, así como la aparición de sectores de la población con voluntad y capacidad para hacer oír su voz, lo que habría redundado en pérdidas para la acumulación de las élites controladoras del Estado. No debe olvidarse que el objetivo prioritario de las élites es la acumulación, por lo que el éxito de las políticas que aplican debe



medirse en función de este objetivo. Por ello, lo que se observa no es un fracaso sino, al contrario, un gran éxito pues la concentración de poder en manos de las élites de los países rentistas es en general mucho mayor que en otras sociedades.

Así, resulta evidente que las élites dominantes en un Estado rentista no pueden ser consideradas como una burguesía que acumula poder en forma de capital, sino más bien como una aristocracia rentista, pues su posición en el proceso de acumulación depende de la capacidad de control sobre el Estado. A su vez, esta aristocracia rentista depende directamente de la burguesía internacional y del apoyo de las élites globales. No obstante, paralelamente a la consolidación de los dirigentes estatales se formó también una burguesía ligada de forma directa al poder del régimen. En ocasiones porque el Estado proporcionó de forma institucional a algunos individuos los medios para invertir (como en los casos de Libia y Arabia Saudí), en otras porque los funcionarios del Estado bien situados desviaron recursos hacia el sector privado en beneficio propio (casos de Argelia, Siria, Irak y la mayoría de estados árabes), y también porque algunos empresarios aprovecharon las rentas y la demanda generadas por el petróleo para invertir en sectores no deficitarios (situación que se repite en todos los países). Por lo general, la burguesía que forma parte de este último grupo suele sentirse desplazada y maltratada por el régimen, pues entiende que los otros dos grupos le hacen una competencia desleal al tener ventajas de las que ella no disfruta (Vieille, 1984: 17).

El Estado rentista se ha convertido por lo tanto en un recurso de poder y en una característica esencial de la estructura de los regímenes árabes contemporáneos. Sus períodos de fortaleza, cuando los precios del petróleo son altos o la posibilidad de captación de créditos y ayudas aumenta, y sus períodos de debilidad, cuando ocurre lo contrario, se reflejan inmediatamente en el poder y la estabilidad de las élites primarias.

## La estructura del sistema

Una de las cuestiones todavía centrales en las ciencias sociales es el debate actor versus estructura. Por una parte, la perspectiva que toma como base el papel de la estructura entiende que los intereses y el comportamiento de los actores están definidos por el marco en el que se mueven.

Por otra parte, quienes defienden la primacía de los actores consideran la estructura como el resultado de la acción de unos individuos que tienen objetivos maximizadores. En otras palabras, las estructuras son vistas o como constricciones o como el producto de las decisiones individuales. Por nuestra parte, consideramos que los actores producen y reproducen los elementos característicos de una sociedad continuamente, pero también que su actividad no siempre se desarrolla en las condiciones escogidas por ellos. Las decisiones de los actores no están totalmente determinadas por la estructura, pero tampoco se toman siempre en un marco totalmente controlado por ellos.<sup>8</sup> Siguiendo a Bhaskar (1979) y Giddens (1984), podemos afirmar que la estructura es dual. Giddens afirma que la estructura es al mismo tiempo el medio en el que se desarrollan y el resultado de las prácticas que constituyen los sistemas sociales (Giddens, 1981: 27). Por lo tanto, actores y estructuras no son conceptos opuestos sino que cada uno implica la existencia del otro. En la competición cotidiana los actores no tienen capacidad para incidir directamente sobre los factores que definen la estructura. Esta posibilidad solo se da en momentos de cambio revolucionario, que acostumbran a estar acompañados de una movilización lineal por parte de la población. Por esta razón, una de las características que nos permite distinguir cuando un factor es estructural o coyuntural es precisamente esta dificultad de los actores para incidir directamente en él.

Podríamos definir la estructura como el marco en el que se mueven los actores. Es preciso recordar que la estructura marca las constricciones de los actores, pero también sus oportunidades (Giddens, 1976: 161). De este modo, en el juego competitivo, las constricciones para unos serán ventajas para otros. Así, un actor que tenga que ir en contra de determinadas constricciones estructurales tiene un margen de acción limitado, mientras que los que pueden aprovechar las oportunidades tendrán más capacidad de acumulación.

Colin Wight va más allá y presenta dos tradiciones teóricas en el análisis de la estructura, en la primera la estructura es considerada como el medio ambiente en el que se mueven los actores y que genera constricciones y oportunidades, en la segunda se le añaden las representaciones colectivas de los hechos sociales (Wight, 2006: 126). Así, encontramos distintos tipos de constricciones o posibilidades, que pueden proceder de: a) presiones de la población o colectivos capaces de generar relaciones lineales que obliguen a las élites a llevar a cabo algunas ac-

tuaciones o les impidan otras; b) presiones de otras élites, lo que forjará los equilibrios de poder en el sistema; c) presiones de instituciones y normas, como por ejemplo el Estado, leyes constitucionales, costumbres, etc.;<sup>9</sup> y d) presiones de valores e ideologías, sobre todo en lo que hemos definido como los niveles foucaultiano y gramsciano (régimen de verdad y hegemonía cultural).

Los cambios en la estructura del sistema vienen dados por los cambios en los actores, en los recursos, en las relaciones de poder o en el ámbito de la ideología.

En el primer caso, referido a los actores, los cambios se pueden producir por el aumento o disminución de poder de algunos actores primarios capaces de generar nuevos equilibrios. Por ejemplo, la posición de las élites estatales que controlan la renta exterior, respecto a los dirigentes de las grandes corporaciones del petróleo o respecto a los dirigentes de las instituciones financieras o de los estados que suministran el crédito, no es siempre la misma y oscila de la dependencia a la alianza, en función de su capacidad de acumulación de poder y de la estructura del sistema. Así, tomando como muestra el Estado rentista basado en la exportación de petróleo, observamos cómo el sistema cambió notablemente con el tiempo. Primero, en los años de la descolonización, las élites estatales eran débiles ante las siete grandes corporaciones del petróleo que actuaban como un cártel. Más tarde, en los setenta, las élites estatales que habían nacionalizado los recursos y habían creado la OPEP, ganaron poder y capacidad para desenvolverse en el sistema global. Pero en los años posteriores, con la bajada del precio del petróleo, las presiones del FMI, y la demanda actuando otra vez como un cártel, las élites estatales volvieron a enfrentarse a la crisis y la debilidad. Y en la actualidad vemos que estas élites han recuperado poder, gracias al aumento de los precios de petróleo y a la diversificación de la competencia en la demanda debida a la aparición en escena de las corporaciones chinas. De la dependencia de las élites estatales respecto a las élites corporativas, se pasó así a una relación de alianzas y de competencia, con altibajos, pero mucho más equilibrada. Como comentábamos al analizar los actores, la manifestación más clara de los equilibrios de poder entre actores primarios en la estructura del sistema es la tendencia a la oligarquía o a la poliarquía del mismo. En el mundo árabe, con la excepción del caso libanés, nos encontramos con estructuras con una gran concentración de poder en muy pocas manos.

En el segundo caso, referido a los recursos, el factor de transformación de la estructura del sistema son los cambios de la utilidad de los recursos para la acumulación de poder. El peso de un recurso de poder no es una propiedad intrínseca, sino que depende de la coyuntura de la competición. Recursos válidos en un período pueden ser inútiles en otro y, por tanto, las élites que disponían de ellos se verán desplazadas por las que puedan utilizar los nuevos. Como veremos en los ejemplos del mundo árabe, las variaciones en el precio del petróleo generan aumentos o disminuciones de la capacidad de acumulación a través de la renta o el Estado. O, revisando el pasado, ya hemos comentado como la aparición de los aparatos estatales hizo descender a las élites tribales a una posición dependiente y secundaria. Y, tomando también un ejemplo de la actualidad, es de gran relevancia el enorme peso que adquiere el control de la ideología (antes nacionalista y hoy islamista) como recurso, tanto para los grupos de oposición, como para los propios regímenes.

En el tercer caso, referido a las relaciones, el factor que puede modificar la estructura del sistema es la irrupción en escena de relaciones lineales de poder. Cuando la población se moviliza puede debilitar a algunas élites, pero también puede dar fuerza a aquellas que tengan la capacidad de aprovechar el impulso del movimiento popular. Además, las relaciones lineales pueden llegar a tener consecuencias revolucionarias, logrando incluso modificar las reglas del juego, eliminar a algunas élites y generar otras nuevas, o poner en un primer plano recursos de poder antes no útiles para la competición. Este fenómeno dependerá de la capacidad de concienciación y de movilización de la población o de grandes colectivos. Según Skocpol, las revoluciones sociales se diferencian de otros procesos de transformación por la presencia de dos dinámicas: el cambio estructural de la sociedad con la agitación de clase y las transformaciones sociales y políticas (Skocpol, 1979: 4). En el mundo árabe contemporáneo esto solo se ha dado en las «revueltas del pan» de los años ochenta y noventa, en la resistencia palestina contra la ocupación israelí, y, sobre todo, en la lucha contra el dominio colonial, seguramente el único momento en que la población, junto con algunas élites, fue capaz de desarrollar un movimiento de resistencia lo bastante fuerte como para provocar un cambio estructural.

En el cuarto caso, referido a las representaciones colectivas de los hechos sociales, diferenciamos entre lo que hemos llamado niveles foucaultiano y gramsciano. Según Foucault,

cada sociedad posee su régimen de verdad, su «política general de la verdad»: es decir, define los tipos de discurso que acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o falsos, la manera de sancionar a unos y a otros: las técnicas y los procedimientos que son valorados en orden a la obtención de la verdad, el estatuto de quienes se encargan de decir qué es lo que funciona como verdadero (Foucault, 1999: 53).

Este «régimen de verdad» solo se modifica con el paso del tiempo y la evolución de las propias relaciones sociales, y no puede ser manipulado por parte de las élites a su antojo. Por la misma razón, tampoco pueden establecerse programas definidos de oposición y resistencia contra el «régimen de verdad». Sin embargo, esto no significa que algunas élites no puedan aprovechar este régimen para mejorar su posición en la competición por el poder.

En el nivel definido por Gramsci como «hegemonía cultural», se establece un sistema de creencias universalizado que hace que el interés de un sector determinado sea aceptado como provechoso para toda la sociedad. La capacidad de hacer aceptar los propios intereses como universales permite a las élites establecer la agenda y las prioridades de la sociedad. La hegemonía se establece a partir de una gran coalición de un sector importante de la sociedad, prácticamente de una clase, por lo que tampoco es manipulable, al menos a corto plazo; pero está más definida que el «régimen de verdad» de Foucault y pueden entablarse luchas abiertas para debilitarla o para establecer contrahegemonías.

Los regímenes autocráticos árabes se han visto favorecidos por la fuerza del autoritarismo, en el plano ideológico del «régimen de verdad» foucaultiano. Como comenta Ghassan Salamé, en el mundo árabe y musulmán encontramos una insistencia en el orden y la autoridad que no encontramos en el mundo occidental (Salamé, 1994: 10-11). Esto no significa que en este análisis adoptemos una visión culturalista y unamos nuestra voz a la de aquellos que defienden que el mundo islámico es incompatible con la democracia, pero consideramos que es un elemento que debemos tener en cuenta para analizar los recursos de los que disponen las distintas élites y, sobre todo, los regímenes en el poder. Las élites autoritarias encuentran en esta «verdad» dominante un gran apoyo para justificar su forma de gobierno, y también para debilitar a las voces que reclaman la democratización. En el nivel foucaultiano, encontramos toda

una serie de relaciones sociales, familiares y comunitarias que se apoyan en un autoritarismo asumido por la gran mayoría de la población. El respeto de los jóvenes hacia los ancianos, de los hijos hacia los padres, de los miembros de las tribus a los jeques, de las mujeres a sus maridos, de los alumnos a los maestros, de los ciudadanos a los funcionarios... conlleva un componente de sumisión que juega a favor de las relaciones de poder autoritarias. Paradójicamente, el discurso de los principales opositores, primero desde el nacionalismo y después desde el islamismo, no ha debilitado esta verdad autoritaria, al no ocuparse ni de la democracia ni de la participación de los ciudadanos en el gobierno de sí mismos. Lejos de esto, las élites nacionalistas supieron aprovechar también este autoritarismo para asentarse en el poder cuando tuvieron acceso a él. Sin embargo, hoy los islamistas se encuentran en una posición más contradictoria, pues la principal posibilidad que tendrían de llegar al poder sería derrotando la autocracia e implantando un sistema antiautoritario y democrático que no figura en su agenda. Al no hacer frente a la verdad autoritaria pierden fuerza en su enfrentamiento con los regímenes. Aunque los que más pierden son los demócratas y aquellos sectores de la población que se oponen al autoritarismo, pues los dos discursos dominantes, el de los regímenes y el islamista, coinciden en moverse en el marco de esta verdad autoritaria, con lo que la refuerzan continuamente. Los cambios en este «régimen de verdad» son extremadamente lentos, por lo que la estructura es aquí un factor de continuidad y paralizador muy potente a favor de los regímenes.

Pero, por otro lado, y tal y como comentábamos en el anterior capítulo, la incapacidad de las élites para generar hegemonías culturales en el sentido gramsciano y la debilidad de su legitimidad, son factores de inestabilidad en la estructura de los sistemas árabes.

En otra dimensión del análisis, la estructura de un sistema también estará ligada a los sistemas superiores y a los cambios que se produzcan en ellos. De esta forma, encontramos subsistemas competitivos dentro de los sistemas, y las alianzas de las élites de un subsistema con las élites de un sistema superior serán, a su vez, un frecuente recurso de poder. Por ejemplo, como ya veíamos, la competición por el poder en el seno de una tribu estará determinada en parte por la capacidad de alianza de determinadas élites tribales con las élites que controlan el Estado. O, en un nivel superior, las alianzas de las élites de la Periferia mundial con las élites globales constituirán un recurso de poder para asegurar la posición de las primeras.

En el mundo árabe, la casta dirigente es en gran medida independiente del proceso de producción y de las clases sociales, pero muy dependiente del mundo exterior (Ayubi, 2000: 51). La mundialización de las relaciones de producción dio lugar a unas élites burguesas y políticas que dependen en buena medida de las élites del Centro. Como la acumulación de poder de las élites periféricas en el sistema mundializado está ligada en parte a su función de intermediarias con las élites centrales, el objetivo principal de unas y otras será mantener a estas sociedades en el estadio de premodernidad y, por lo tanto, dependientes de la modernidad desarrollada en el centro del sistema global, paralizando la capacidad modernizadora de la mayoría de estas sociedades predesarrolladas. Esta dependencia y alianza con las élites del Centro se refleja incluso en términos culturales, con una occidentalización mucho mayor de las élites, en contraste con unas clases populares más «orientales».

### Conclusión: la Sociología del poder en el mundo árabe actual

Como veremos en los estudios de caso, las estructuras de poder en el mundo árabe presentan una serie de características que dificultan la democratización de la región. En la cúspide de los sistemas encontramos a unas pocas élites primarias que controlan la mayoría de los recursos de poder. Estas élites accedieron al poder después de liberarse del dominio colonial y vencer en la competición por el control de los estados. Desde entonces consiguieron una gran estabilidad, cerrando las puertas a la renovación de las élites desde el exterior del grupo. En la mayoría de los países, aunque no en todos, el núcleo central del poder acostumbra a ser muy homogéneo, tanto en el nivel social como moral. En la práctica totalidad de países árabes el Estado es el recurso básico en la competición por la acumulación diferencial de poder. Quizás, como apuntábamos, solo Líbano y Mauritania escapan a este modelo, al tener los lazos comunitarios o tribales un peso también fundamental. En la mayoría de los casos, además, el poder del Estado se basa en la renta y en la coacción, por lo que la supeditación de los demás actores a aquellos que controlan el Estado es todavía mayor.

Los regímenes han ido adquiriendo con el tiempo un carácter enormemente cerrado y cada vez más centrado en los lazos personales, inclu-

so hereditarios. Esta dinámica, normal en las monarquías, ha tenido lugar incluso en las repúblicas. Las luchas por el control del Estado que se produjeron tras las independencias llevaron al poder en muchos casos a militares o a hombres fuertes del partido que constituían grupos muy cerrados. Una vez en el poder, estos «clanes» aseguraron su permanencia limitando el acceso al poder a las élites que procedían de ámbitos próximos a las élites primarias —el ejército, el partido, la región, la familia, la tribu o la comunidad—. Esto ha provocado que, en la actualidad, en estos países la competencia por el poder en el seno del régimen se plantee principalmente en términos generacionales. Los hijos de las élites que se consolidaron en el poder tras la descolonización disputan ahora el papel primario a la gerontocracia, encontrándonos así con repetidas tensiones entre viejas y nuevas guardias. Esto puede verse plasmado en pequeñas transformaciones en los sistemas, sobre todo en procesos de liberalización económica. Sin embargo, ni las viejas ni las jóvenes élites están interesadas en alternativas al sistema, tan solo buscan ventajas en la competición circular dentro del mismo régimen. Así, la insistencia de las jóvenes guardias en la liberalización económica es producto en muchos casos del control de las viejas guardias sobre la renta y los aparatos de coacción del Estado —Ejército y Mujabarat—, por lo que los jóvenes deben focalizar su interés en otros recursos, como el capital, para ganar presencia. De todas formas, el objetivo para todos ellos continúa siendo controlar el Estado, pues a pesar de las incipientes liberalizaciones económicas, este control es todavía el fundamento del poder en los países árabes.

El Estado es el recurso básico en la competición por la acumulación diferencial de poder en el mundo árabe y también uno de los elementos más importantes en la definición de la estructura del sistema. Los actores árabes se mueven en el marco de las constricciones y las oportunidades que ofrece el Estado. Los recursos de la renta exterior y de la coacción, fundamentales en la mayoría de regímenes árabes, se controlan a través del Estado. Este papel de recurso y factor estructural al mismo tiempo, hace que los demás recursos de poder estén en su casi totalidad ligados de alguna forma u otra a la institución estatal. Los equilibrios de poder están definidos principalmente por la capacidad de los actores de servirse de mecanismos estatales en beneficio de su capacidad de acumulación, y la configuración que ha adoptado el Estado tras las independencias define la estructura del sistema en el cual compiten las élites.



Otra característica muy generalizada de la estructura de los sistemas árabes es la debilidad de la población como actor. Con la excepción del caso palestino, desde las luchas por la independencia, las masas árabes solo han tenido capacidad para actuar de forma reactiva mediante protestas puntuales, en los momentos de crisis económica y de disminución de la renta. En pocas ocasiones ha habido grupos opositores o de resistencia capaces de dirigir estas protestas hacia cambios en los regímenes. En los años sesenta y setenta los nacionalistas y los grupos de izquierda tuvieron cierta capacidad de movilización, que se perdió debido a la dura represión de los regímenes. En los años ochenta y noventa, los islamistas tomaron el relevo llegando también a convertirse en amenaza para las élites en el poder, pero tampoco lograron la transformación de las sociedades. En algunas ocasiones, la conjunción de las protestas populares y la influencia ideológica islamista debilitaron a los regímenes hasta hacer aparecer el fantasma de la derrota. Pero si bien la primera respuesta fueron los cambios cosméticos con algunas medidas liberalizadoras, llegando incluso a la convocatoria de elecciones con participación de la oposición, cuando se temió que esta tenía posibilidades de hacer caer a las élites del régimen, el Ejército y el Mujabarat se convirtieron en el último y efectivo soporte del status quo. Así, de la misma forma que la caída del régimen del sah en Irán fue una advertencia para las autocracias de Oriente Medio y el mundo árabe, la respuesta militar en Argelia lo fue para los grupos islamistas y también sirvió como modelo para los regímenes que no dudaron en usar la represión. Además, la respuesta de Europa y Estados Unidos al golpe de Estado de los militares argelinos contra la victoria electoral de los islamistas, demostró sobradamente a las élites árabes que se les permitiría usar la fuerza ante la posibilidad de acceso al poder de los islamistas. Los discursos en defensa de los Derechos Humanos y la democracia se olvidaban así ante la amenaza a los intereses de los actores globales, y los atentados del 11 de septiembre terminaron de enterrar cualquier presión exterior sobre los regímenes aliados. El caso argelino provocó también cambios en los grupos islamistas de toda la región. En muchos de ellos ganaron fuerza los sectores más interesados en acercarse al poder y en tener un papel de oposición «leal» al régimen, o como máximo aspirando a ser los grupos de vanguardia de algunas protestas, olvidando los discursos de transformación del sistema que habían difundido durante los años ochenta. Los pocos grupos que continúan manteniendo objetivos de transformación se han convertido en mi-

noritarios y, en ocasiones, han adoptado un carácter violento, acercándose a la nebulosa al-Qaeda y alejándose de la población.

Finalmente, como veíamos, en el análisis de la estructura de los sistemas árabes, es necesario tener en cuenta también su posición en el sistema internacional. Al tratarse de sociedades premodernas están situadas todas ellas en la periferia del sistema global. No obstante, no todas tienen el mismo grado de dependencia respecto a las élites primarias del centro. Las élites de los países productores de petróleo tienen un mayor margen de autonomía, sobre todo en las épocas en que suben los precios de la energía. En cambio, las élites que dependen de las rentas producidas por las ayudas exteriores o por la deuda tienen un papel mucho más secundario y la incidencia de las élites exteriores en estos países es mucho mayor. De la misma forma, las élites de los países que tienen menos capacidad de generar rentas exteriores y por tanto el régimen es menos dependiente de la renta, como es el caso marroquí, también tienen más margen de maniobra. Así, vemos que las élites saudíes pueden adquirir en algunos momentos incluso un papel que se acerca al primario en el sistema internacional. Otras, como las argelinas o de otros países con menor capacidad de producción, oscilan entre la autonomía en épocas de bonanza en el precio de la energía, y la dependencia en momentos de crisis —por ejemplo en los años ochenta cuando se vieron obligadas a acudir a los organismos internacionales para hacer frente al problema de la deuda—. Otras élites, como las jordanas, egipcias o palestinas (de Fatah), dependen en gran medida de las ayudas exteriores, por lo que su autonomía en el sistema global es muy reducida, e incluso en asuntos nacionales se ven obligadas a escuchar las directrices que llegan desde los donantes.

Por lo tanto observamos que la configuración de las estructuras de los sistemas árabes tiene graves consecuencias para el desarrollo democrático de estas sociedades. La mayoría de los regímenes han demostrado una gran capacidad de resistencia, tanto ante las reivindicaciones de democratización, como ante los distintos movimientos de oposición. Los momentos de crisis y debilidad de los regímenes en los años ochenta y noventa forzaron a las élites a un maquillaje democrático para su supervivencia, pero en la actualidad queda patente que ninguno de estos cambios logra afectar el control de las élites primarias sobre el Estado y los principales recursos de poder.

## Notas

1. Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco del proyecto de investigación «Análisis de las transiciones políticas en el mundo árabe» financiado por la Fundació Cidob, y del proyecto I+D+i financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación: «Estabilidad, gobernabilidad y cambio político en Turquía, Oriente Medio y el norte de África: impacto en la política española hacia la región» (CSO2008-06232-C03-02/CPOL), en la Universitat Autònoma de Barcelona. Queremos agradecer también la ayuda recibida desde la Agència de Gestió d'Ajuts Universitaris i de Recerca (AGAUR) de la Generalitat de Catalunya, para realizar una estancia de investigación en el IREMAM (Instituto de Estudios del Mundo Árabe y Musulmán) en Aix-en-Provence. Asimismo, somos deudores de la atenta lectura, correcciones y comentarios de Amaia Bengoetxea y Rosa Velasco.

2. Véanse Izquierdo Brichs, 2007b, 2008; Kemou, 2007.

3. Desde nuestra perspectiva, el hombre no vive permanentemente dominado por el ansia de poder, es el sistema el que genera la pugna en la que los dirigentes deben participar si pretenden permanecer en la jerarquía. Así, el poder como influencia o dominio es solo la chispa que inicia el eterno juego circular. Después, el objetivo prioritario de los actores pasará a ser la competición.

4. Wright Mills, en su clásico *The Power Élite*, se centra principalmente en las élites que controlan el Estado, las corporaciones y el Ejército. No obstante, creemos que la sociología del poder debe analizar la competición por el control de todos los recursos de poder, pues, dependiendo del contexto, recursos como la ideología, la información o la tecnología pueden ser incluso más determinantes (Wright Mills, 2000 [1956]).

5. Aquí nos distanciamos de Veblen, quien centra su estudio de las élites en la distinción entre la «clase ociosa» y el resto de población. Desde nuestro punto de vista la dinámica motora del sistema es la competición entre las élites, y no la distinción respecto al vulgo (Veblen, 1971 [1899]).

6. Bustos y Mañé abundan más en esta cuestión en el capítulo sobre Argelia.

7. Un análisis de los estados rentistas desde la Sociología del poder se puede ver en Izquierdo Brichs, 2007a).

8. Desde la Sociología del poder, no obstante, creemos importante no confundir el juego sistémico con la estructura. El sistema se basa en las relaciones de poder circulares y lineales. Las decisiones de las élites no pueden escapar a la competición por la acumulación diferencial de poder, pues si abandonan la prioridad de la maximización del poder pierden su posición como élites. Sin embargo, esta competición se desarrolla en una estructura que es distinta en cada sistema.

9. Un ejemplo extremo pero muy gráfico de estas presiones lo encontramos en la aceptación de la guerra como una institución legal cuando se hace a través de estados, pero no cuando se implican otras instituciones.

## Bibliografía

- Arendt, H. (2005 [1970]), *Sobre la violencia*, Alianza, Madrid.
- Ayubi, N. N. (2000), *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del estado árabe*, Bellaterra, Barcelona.
- Badie, B. (1992), *L'État importé. L'occidentalisation de l'ordre politique*, Fayard, París.
- Balandier, G. (1999), *Anthropologie politique*, Quadrige /PUF, París.
- Beblawi, H. y G. Luciani, eds. (1987), *The Rentier State*, Croom Helm, Londres.
- Bhaskar, R. A. (1979), *The Possibility of Naturalism*, Routledge, Londres.
- Brumberg, D. (2002), «The Trap of Liberalized Autocracy», *Journal of Democracy*, 13.
- (2003), «Liberalization versus Democracy. Understanding Arab Political Reform», *Working Papers. Carnegie Endowment for International Peace*, 1-20.
- Brynen, R., B. Korany y P. Noble, eds. (1995), *Political liberalization and democratization in the Arab world*, vol. 1. *Theoretical Perspectives*, Lynne Rienner, Boulder.
- Camau, M. (1971), *La notion de démocratie dans la pensée des dirigeants maghrébins*, CNRS, París.
- (1999), «La transitologie à l'épreuve du Moyen-Orient et de l'Afrique du Nord», *Annuaire de l'Afrique du Nord*, XXXVIII.
- Corm, G. (2005), «Entretien. Georges Corm. Le système communautaire et confessionnel s'apparente au totalitarisme», *l'Humanité*.
- Foucault, M. (1999), *Estrategias de poder*, Paidós, Barcelona.
- Galbraith, J. K. (1973), «Power and the Useful Economist», *The American Economic Review*, 63.
- (2004), *La economía del fraude inocente*, Crítica, Barcelona.
- Giddens, A. (1974), «Élites in the British class structure», en P. Stanworth y A. Giddens, eds., *Élites and Power in British society*, Cambridge University Press, Cambridge.
- (1976), *New Rules of Sociological Method: a Positive Critique of interpretative Sociologies*, Hutchinson, Londres.
- (1981), *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, vol. 1. *Power, Property and the State*, Macmillan, Londres.

- (1984), *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*, Polity, Cambridge.
- Harik, I. (1987), «The Origins of the Arab State System», en G. Salamé, ed., *The Foundations of the Arab State*, Croom Helm, Londres-Nueva York-Sidney.
- Huntington, S. (1991), *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Oklahoma University Press, Oklahoma.
- Inglehart, R. (1977), *The silent revolution: Changing values and political styles among Western publics*, Princeton University, Press Princeton, N. J.
- Izquierdo Brichs, F. (2007a), «Poder y Estado rentista en el mundo árabe», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 2.
- (2007b), «Poder y transición política en el mundo árabe», *Awraq*, XXIV, pp. 123-166.
- (2008), *Poder y felicidad. Una propuesta de sociología del poder*, La Catarata, Madrid.
- Kemou, A. (2007), *Nasser's National Interest: A «Sociology of Power» Analysis*, Fimam, Altafulla, <http://www.fimam.org/4.htm>.
- Khader, B. (1997), *État, société civile et démocratie dans le monde arabo musulman*, CERMAC, Lovaina.
- Leca, J. (1994), «La démocratisation dans le monde arabe: incertitude, vulnérabilité et légitimité», en G. Salamé, ed., *Démocraties sans démocrates. Politiques d'ouverture dans le monde arabe et islamique*, Fayard, París.
- Machiavelli, N. (1513-1517), *Discourses on the First Decade of Titus Livius*, Project Gutenberg, Florencia, – <http://www.gutenberg.org/files/10827/10827-8.txt>.
- Mannheim, K. (1940), *Man and Society in an Age of Reconstruction*, Routledge, Londres.
- Mañé, A. y C. De la Cámara (2005), «Rusia: ¿hacia una economía petrolero-rentista?», *Revista de Economía Crítica*, 3.
- Martín Muñoz, G. (1999), *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Bellaterra, Barcelona.
- Marx, K. (1844), *Comments on James Mill, Éléments D'économie Politique*, <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1844/james-mill/>.
- Nitzan, J. y S. Bichler (2002), *The global political economy of Israel*, Pluto Press, Londres.
- Norton, A. R. (1993), «The Future of Civil Society in the Middle East», *Middle East Journal*, 47, pp. 205-216.
- , ed. (1995), *Civil Society in the Middle East*, E.J.Brill, Londres.
- O'Donnell, G., P. C. Schmitter y L. Whitehead, eds. (1986), *Transitions from authoritarian rule: Southern Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

- Perthes, V. (2004), *Arab Élités: Negotiating the Politics of Change*, Lynne Rienner Publishers.
- PNUD, Regional Bureau for Arab States (2005), *The Arab human development report 2004. Towards Freedom in the Arab World*, United Nations Publications, Amman.
- Przeworski, A. (1991), *Democracy and the market. Political and economic reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Rustow, D. A. (1970), «Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model», *Comparative Politics*, 2, pp. 337-363.
- Salamé, G., ed. (1994), *Démocraties sans démocrates. Politiques d'ouverture dans le monde arabe et islamique*, Fayard, Paris.
- (1996), *Appels d'empire. Ingérences et résistances à l'âge de la mondialisation*, Fayard, Paris.
- Schmitter, P. C. (1999), «Se déplaçant au Moyen-Orient et en Afrique du Nord, «transitologues» et «consolidologues» sont-ils toujours assurés de voyager en toute sécurité?», *Annuaire de l'Afrique du Nord*, XXXVIII, pp. 11-35.
- Skocpol, T. (1979), *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Tilly, C. (1978), *From Mobilization to Revolution*, McGraw-Hill, Nueva York.
- Veblen, T. (1971 [1899]), *Teoría de la clase ociosa*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Vieille, P. (1984), «Le pétrole comme rapport social», *Peuples méditerranéens*, 26.
- Weber, M. (1985), *Ensayos de sociología contemporánea*, Planeta-Agostini, Barcelona.
- Whitley, R. (1974), «The City and Industry: the directors of large companies, their characteristics and connections», en P. Stanworth y A. Giddens, eds., *Élités and Power in British society*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Wight, C. (2006), *Agents, Structures and International Relations. Politics as Ontology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Wright Mills, C. (2000 [1956]), *The power élite*, Oxford University Press, Nueva York.